

Creyéndose los reaccionarios en segura posesión de Oaxaca, y no inspirándoles ningún temor la fuerza que quedaba en la sierra, derribaron las fortificaciones, y el General Cuevas volvió al interior, donde el partido liberal hacía progresos, aumentando su brigada con parte de las fuerzas de Cobos.

Esto lo describe el Gobernador Cajiga en su memoria, del modo siguiente:

“Pero los acontecimientos del interior, en que el ejército liberal comenzaba desde Loma-Alta á cubrirse de gloria, abriendo el porvenir hasta entonces nublado para la República, obligaron al Gobierno reaccionario, ya que Oaxaca se creía bien seguro en su poder y la sierra se juzgaba completamente débil, á disponer de la brigada Cuevas, que sin objeto, y sobrante en el Estado, salió de la capital para México á fines de Mayo.”

El cinco de Agosto las tropas liberales bajaron de la sierra y tomaron posiciones en las haciendas de San Luis y de Dolores.

Cobos salió á batirlas, y aunque en mayor número, fué derrotado, retirándose en seguida á la ciudad; pero en esta vez sus adversarios no le dieron lugar á rehacerse, y lo siguieron, obligándolo á refugiarse en los conventos del Carmen y de Santo Domingo, que evacuó durante la noche, bien persuadido de que no podría sostenerse allí cuando no podía esperar auxilio de ninguna parte.

Así cayó, después de una batalla campal perdida, aquella ciudad que tanta resistencia opuso con sus fortificaciones, durante noventa y ocho días que fué hostilizada por los liberales.

REFLEXIONES.

Como habrá podido verse por las definiciones con que comienzan estos apuntes, en Oaxaca no pudo haber sitio, asedio ni bloqueo; pues antes bien, al principio de la ocupación de los cerros por nuestras tropas, éstas eran

las sitiadas, puesto que no podían bajar á los valles sino con dificultad.

Después, queda demostrado lo que significan las plazas de guerra, su valor respectivo, y los elementos en personal y material de guerra que son necesarios para expugnarlas.

Quedan también de manifiesto las dificultades que se presentan para atacar nuestras fuertes poblaciones, cuando se fortifican en su interior, y el poquísimos efecto que entonces debe esperarse de la acción de la artillería, por no ser fácil su emplazamiento, siendo así, que es el principal elemento para el ataque de las plazas.

Con explicaciones teóricas y con multitud de ejemplos prácticos, tomados de nuestra historia, se prueba que los ataques á viva fuerza en semejantes casos, son desastrosos para el que los emprende, y que por lo mismo deben evitarse á toda costa.

Tomadas en consideración las afirmaciones que anteceden, tendrá que convenirse que en lo que malamente se llamó sitio de Oaxaca, no pudo haberse hecho más de lo que se hizo.

Se acometió una empresa sin elementos para llevarla á cabo, y naturalmente fracasó (aunque sin sufrir una derrota) cosa que sucederá todas las veces que se intenta tomar una plaza de guerra, ó una ciudad fortificada, sin llevar lo necesario para el objeto.

Esto supuesto, creo injusta la censura que se hizo del General Rosas Landa por sus disposiciones en aquella campaña.

Cuando llegó al campo liberal se encontró con una situación que él no había creado. Su error consistió en no desengañar al Gobierno sobre la imposibilidad de tomar la plaza, en el estado de defensa que se hallaba.

El debió estudiar bien la situación, manifestarla al Gobierno, y renunciar el mando en el caso de que se le exigiera hacer una cosa contra su conciencia.

Por lo demás, tenía tres caminos que seguir:

1.º Atacar á viva fuerza, con la convicción de ser de-

rrotado y el Estado de Oaxaca ocupado y explotado por el enemigo en obsequio de su causa.

2º Levantar desde luego el campo y operar, ya fuese en el mismo Estado, ó en alguno inmediato, á fin de obligar al enemigo á destacar fuerzas, que á campo raso hubiera sido posible derrotar.

3º Permanecer delante de la ciudad, teniendo en jaque á la reacción, sin permitirle extenderse por el Estado y sacar recursos de hombres y dinero con que ayudar su causa en el interior de la República, mientras las operaciones, siguiendo su curso en el resto del país, pudieran traer un cambio favorable para los liberales.

Es seguro que el primer camino debería desecharse. El segundo tenía el inconveniente de que disgustaría á los nacionales, que siendo la mayor parte de la ciudad, no pensaban en otra cosa que en volver á sus hogares.

A tropas de línea, ya se sabe que no debe consultarse su voluntad para dirigir las; pero no sucede lo mismo con voluntarios que obran á impulso de ideas ó de pasiones que es necesario respetar.

He aquí la gran dificultad para que un militar pueda mandar esta clase de milicias, que se avienen mucho mejor con un caudillo que les es conocido, con quien tienen los soldados cierta familiaridad, y que por decirlo así, consulta su opinión en las operaciones.

En vista de lo expuesto, el tercer camino fué el que se siguió.

Es cierto que poco á poco fueron aumentándose las fuerzas de que el General pudo disponer; pero el lector habrá visto en el curso de estos apuntes la lentitud que las circunstancias oponían á su organización y equipo, y que después de todo, nunca fueron suficientes para establecer un sitio.

Si las minas hubieran dado un resultado satisfactorio, hubiéramos ocupado algunas manzanas, y nuevos trabajos habrían sido necesarios para tomar otras, hasta reducir al enemigo al último extremo.

De este modo, por una serie de combates sangrientos y en un tiempo que no era fácil prever, se habría con-

quistado al fin la ciudad, siempre que alguna fuerza no hubiera venido en su auxilio.

Han pasado ya veintisiete años de los acontecimientos que llevo narrados; hará diez lo menos que el General Rosas Landa dejó de existir, persona á quien no debí otra cosa que amistad y consideración.

Ningún móvil indigno puede, pues, impulsar mi pluma; pero guiado por un espíritu de justicia, creo de mi deber el dar á conocer lo ocurrido en el desgraciado episodio de que me he ocupado, tal como mi razón lo ha comprendido.

Puede que muchas veces el error se halla introducido en mis apreciaciones; pero reclamo con toda energía la buena fé que ha precedido y dirigido mis trabajos.

CONCLUSION.

Tendré necesidad, para concluir, de ocuparme de mi humilde persona, cosa que hubiera querido evitar; mas es preciso.

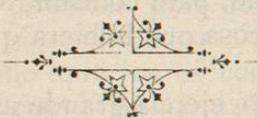
Se creyó que yo ejercía grande ascendiente sobre el General Rosas y que todas sus disposiciones me las consultaba. Nada menos cierto.

Es verdad que en las reuniones que tenían lugar, y que se les llamaba juntas de guerra, era yo consultado por el General después de haber oído á los demás. En esto no hacía otra cosa que cumplir con su deber, pues en tales casos está prevenido que debe escucharse la opinión del Jefe del Estado Mayor y de los Comandantes de artillería y de Ingenieros.

Es verdad que siempre opiné contra el ataque á viva fuerza, y fui partidario del ataque metódico, por las razones que expuse, muchas de las cuales están de manifiesto en estos apuntes.

Si el General aceptó mi opinión, sería que acaso la encontró fundada.

Por lo demás, acepto la responsabilidad de aquella opinión; y aunque ha tenido para mí malas consecuencias, me complazco en que se hubiera seguido, pues ayudé con ella á evitar la pérdida, sin provecho, de muchas vidas, cuyo recuerdo, si hubiera contribuido á semejante desgracia, amargaría los días que me resta que vivir.



N O T A .

En el año de 1887 publicó en San Francisco de California, Mr. Huberto Howe Bancroft, un grueso y lujoso volumen, titulado:

“Vida de Porfirio Díaz.”

En la página 333 hallo lo siguiente:

“Rosas Landa era hombre de *grandes conocimientos teóricos*; pero le faltaba la energía; de modo que *aunque las operaciones eran dirigidas con admirable ciencia*, sirviendo de lecciones al espíritu observador de Díaz, progresaban tan lentamente, que duraban aun muy entrado el mes de Mayo, dando tiempo á que le llegasen al enemigo refuerzos de México, al mando del hermano del *General Miramón*.

“Aquella tardanza, así como el carácter de Rosas Landa, *entremetido y exagerado en materia de disciplina militar*, disgustaron de tal manera á las fuerzas liberales, que en breve quedaron reducidas por la desertión á menos de la mitad del número primitivo de *2500 hombres*.

“Al acercarse, pues, Miramón, Rosas Landa se retiró hacia Ixtlán, *seguido tan de cerca* por el enemigo, que se vió *en grave peligro de perder la artillería*; y seguramente la habría abandonado, á no haber sido por la hábil demostración que hizo Díaz, quien con un cuerpo ligero obligó á la columna enemiga á retroceder.”

El único comentario que haré á la anterior inserción, es que me ratifico palabra por palabra en la relación que contiene este libro; sin quitar ni una coma.

Dejo, pues, al lector en libertad de comparar y juzgar.
